

El largo camino del olvido

Procrastinar.

No, no es su verbo favorito, pero eso no evita que asome incisivo por las costuras de una férrea convicción que se ha forjado alrededor de *El largo camino del olvido*, novela en la que Carlos trabaja desde hace meses en el acogedor sótano de su casa y está empeñado en concluir, a pesar de que no está siendo un trayecto exento de dificultades.

Es diciembre, a unas semanas vista de Navidad. Viven a menos de una hora de Granada, anclados en una sierra más nevada que nunca. Él permanece allí casi todo el tiempo mientras que Ana, su mujer, va y viene de la capital, donde trabaja como directora de una entidad bancaria. Así pues, está solo, con la única compañía de *Lando*, el perro pastor alemán que les acompaña desde que compraron la casa hace un año. Un sueño hecho realidad porque ¿acaso podría pensar en un escenario mejor para la redacción de una novela? Y sin embargo...

No todo es tan idílico. Ana, por ejemplo, no termina de adaptarse a la vida en el campo, *a la vida en mitad de la nada*, como ella dice a menudo. Carlos siempre señala que, precisamente para su mujer, que pasa mañana y tarde en la ciudad, es algo ideal: le permite dormir en un espacio alejado del ruido de los coches y la contaminación urbana del día a día. Si alguien tuviera que quejarse, ese sería él, reflexiona con determinación, que vive allí las veinticuatro horas del día, entre las dos plantas de la casa, el sótano que se ha convertido en su despacho, una buhardilla que deberían ordenar antes de que se transforme en inútil cajón de sastre, el jardín que rodea la casa, los paseos con *Lando* por los senderos que suben por la montaña... y alguna escapada hacia la carretera principal que sube a la sierra, donde hay un bar concurrido donde a veces le apetece ir a tomarse un café y leer la prensa. Allí todavía traen ejemplares en papel, y leer alejado del ordenador, escuchando el sonido que hacen las páginas al pasarse, aunque solo sea por unos minutos, relaja su mente.

Y lo necesita.

Porque *El largo camino del olvido* no está siendo una novela fácil. Nunca pensó que lo fuera a ser cuando se lanzó a poner en palabras aquella historia, pero sabe que debe terminarla. Tiene que hacerlo. Y pronto. Así, cuando llegue el nuevo año podrá comenzar a corregirla y tener un borrador más o menos presentable antes de la primavera. Eso sería un cronograma aceptable.

Pero no sabe si posible, sobre todo por lo de la procrastinación que le retrasa en los últimos tiempos.

De repente, el ruido de la cancela que se abre automáticamente y el coche que aguarda para entrar le despierta de su ensimismamiento. Da a «Guardar» en el archivo de Word —aunque realmente no guarde mucho desde la última vez que lo hizo— y sube hacia la puerta de entrada. Es Ana, claro, que llega después de su jornada de trabajo. Cuando se encuentran en el umbral de

la puerta se besan en los labios. Es un beso rápido, de compromiso, que no va más allá de confirmar una asumida normalidad.

—¿Qué tal el día? —Carlos sabe que no es una pregunta original, hasta a él mismo le molesta, pero se siente en la obligación de verbalizarla para así confirmar el estado de ánimo de su mujer.

Ana se ha despojado del abrigo, de la chaqueta, y después ha ido hacia el salón, donde la chimenea está ocupada por unos inquilinos de encina y olivo que arden entusiasmados. Espera que ella no le pregunte por la buhardilla, ya que él se ofreció a ordenarla y aún no lo ha hecho, quizá porque la mayoría de las cosas que hay allí son de su esposa y le cuesta organizar algo que no es suyo.

—Agotador —suspira, y después mira de reojo la mesa ya puesta, con los platos y cubiertos alineados, y una botella de *Malafollá*, vino tinto de la tierra, que espera a ser abierta—. ¿A qué se debe... todo esto?

—Es viernes —confirma Carlos con una sonrisa—. ¡Hay que celebrarlo!

Carlos tiene la convicción de que la vida, para que sea satisfactoria, hay que embellecerla con un cúmulo de pequeñas celebraciones (¿procrastinando?), pequeñas victorias en una guerra que, como humanos, están condenados a perder. Da igual que esas celebraciones provengan de un hecho intrascendente —a fin de cuentas, todas las semanas hay un viernes—, lo importante es que el ánimo se fortalezca para que, con la llegada del lunes, uno siga rugiendo con autoridad en la selva de carne y sangre.

Él lo hace y procura mantener los arañazos de la locura fuera de su diámetro vital: no todo el mundo podría vivir a su manera, encerrado en una casa aislada y sin apenas contacto con nadie más... salvo con los personajes de ficción que él mismo ha creado.

Cuando terminan de comer van al sillón y ponen la tele. Durante la cena han hablado de cosas triviales: cómo va ella con su trabajo, cómo va él con el suyo, amigos comunes con los que tienen que quedar, actualidad política y la nueva serie que están viendo. Carlos y Ana son muy de series. Les gusta sumergirse en las vidas de otros, comparar parecidos y diferencias, analizar sus sentimientos y reacciones, y maravillarse cuando ven una historia que les parece buena. Ahora están con la primera temporada de *The Affair*, una serie que trata sobre la tentación, de una posible infidelidad y abandonar la aparente seguridad que aporta la familia lanzándose a la aventura de lo desconocido. Ambos están disfrutando con ella y, precisamente por eso, cuando finaliza el capítulo, Ana se sorprende cuando Carlos le dice que va a trabajar un poco antes de irse a dormir; sorpresa que, al poco, se transforma en preocupación.

—¿Qué sucede? —Carlos lo ha advertido.

—Nada.

Sin duda, la peor respuesta que podría haber recibido, porque esa única palabra acompañada de una expresión adusta es capaz de detonar una bomba emocional.